

Estrategia Solar

Hermann Scheer

Plaza & Janés

Barcelona, 1993. 341 págs.

Prólogo de Antonio Luque

He trabado amistad con Hermann Scheer a través de numerosos encuentros en conferencias científicas sobre conversión fotovoltaica, mi especialidad. En ellas, Scheer ha electrizado siempre a una audiencia de científicos con mensajes y propuestas de una garra sorprendente para muchos de nosotros.

Y es que Scheer, miembro activo y veterano del Parlamento Federal Alemán, autor de obras sobre desarme, Político con mayúscula, nos advertía que había que sacar nuestra actividad de su turris eburnea, aportando para ello su experiencia de hombre público, con frecuencia explicada a través de anécdotas de lo más reveladoras.

Para suscitar una confluencia de políticos, científicos y ciudadanos interesados en una acción solar fundó en Alemania la asociación Eurosolar, que se ha extendido por otros países europeos, y de la que en la actualidad es presidente honorario.

Estrategia solar contiene todo un programa político global para detener la decadencia ambiental - pero también ideológica- que nos aqueja. Para ello comienza por demostrar que existe un pecado original en la revolución industrial, de la que no reniega, que consiste en haberse apartado radicalmente de los vínculos con la Naturaleza que habían caracterizado el desarrollo anterior de la humanidad.

La tesis de Scheer es sencilla de formular: sólo hay que usar energía solar, entendiéndola en sus múltiples formas, que incluyen no sólo su conversión en energía útil sino la explotación racional de todo lo que la Naturaleza ofrece de renovable (usando para ello la

"La tesis de Scheer es sencilla de formular: sólo hay que usar energía solar"

Publicamos el prólogo de Antonio Luque la libro de Hermann Scheer como la mejor y más descriptiva crítica posible de un ensayo que, desde esta revista, recomendamos incondicionalmente.

energía del Sol). En consecuencia, hay que eludir, si es posible totalmente, todo lo que consumimos que no sea renovable. La razón es que sólo así se puede construir una civilización que no lleve en sí misma el germen de su destrucción.

Se pregunta el autor si existen alternativas para una estrategia global solar. La respuesta, cuidadosamente argumentada, es muy fácil de resumir. En primer lugar es evidente que los combustibles fósiles se han de acabar. Aunque su desaparición no fuera inmediata, no por ello estaríamos exentos de buscar alternativas. Por otra parte los efectos en el ambiente, desde los globales del cambio climático a los más localizados, son cada día más inaceptables. Vistos con una perspectiva geológica, los cambios que por la acción del hombre están ocurriendo en el planeta no tienen precedentes por su rapidez, y las consecuencias en el ecosistema no pueden estar lejos.

La energía nuclear es asimismo insuficiente y, para Scheer, igualmente inaceptable por los riesgos de naturaleza diversa que comporta, entre los cuales no es el menor el de la evacuación de los residuos radiactivos. Sobre la seguridad nuclear, entidades tan poco sospechosas de rebeldía como las compañías de seguros no cubren los riesgos nucleares en las pólizas de accidentes que posiblemente, usted lector, ha suscrito alguna vez. Y eso a pesar de los pocos accidentes nucleares habidos hasta la fecha, como puntualmente señalan los predicadores de este tipo de energía.

La energía de fusión, simplemente no existe. Apostar por ella entraña

riesgos mucho mayores que hacerlo por la energía solar, incluido el de un grandioso fracaso técnico.

La conclusión entonces es sencilla. La única energía con futuro es la solar en sus numerosas formas, que incluyen el aprovechamiento del calor solar a baja temperatura, la producción de electricidad en centrales termosolares, en centrales e instalaciones fotovoltaicas, o a través de la energía eólica (que indirectamente es solar, por serlo el origen de la energía de los vientos), o, todavía, la producción de energía y combustibles mediante la biomasa, ora por el tratamiento de los residuos, ora con plantaciones energéticas. Todas estas tecnologías han probado ya sobradamente su viabilidad técnica y a veces económica.

El coste de las energías renovables es uno de los caballos de batalla de sus detractores. ¡Como si en las guerras y en las grandes necesidades uno mirara por el dinero! Pero Scheer da además datos de los cuantiosos costes ocultos de la energía convencional, como los veintitantos dólares por barril de petróleo equivalente (cuyo precio no llega a veinte dólares) que cuesta mantener la infraestructura militar occidental en Oriente Medio. Pero, aun sin tener en cuenta estos factores, las energías renovables pueden ya competir a veces con las convencionales, y basta que se abran los mercados para que se abaraten otras.

Para Scheer, el ahorro energético, que apoya, no es de por sí suficiente, ya que aunque retrasa los problemas, no los resuelve.

De esta manera Scheer llega a una proclama radical: la energía solar no es una energía alternativa: es la

"Todas estas tecnologías han probado ya sobradamente su viabilidad técnica y a veces económica"

Energía. Las alternativas son las otras; la nuclear, la del carbón, la del petróleo, la del gas. Habrá que mantenerlas, pero no incrementarlas, en tanto todo el sistema energético bascula hacia la energía solar.

A esta realidad, el autor contrapone la falta de imaginación de los rectores de la sociedad, políticos y dirigentes de los grandes consorcios internacionales, para apreciar la importancia de esta energía y dedicar a ella los recursos necesarios. Destaca la necesidad de los que tachan de irreales a las tecnologías solares y en uno de sus felices lemas, de comunicador experimentado, habla del "realismo irreal" de estos conspicuos dirigentes, que defienden con solemnidad lo que no puede mantenerse: las energías convencionales. Denuncia por otra parte el ataque, no por solapado menos encarnizado, de que es objeto la tecnología solar por parte de los defensores de los intereses, quizás legítimos pero no generales, del poderoso sector energético-industrial. Así, señala, la Agenda 21 del Congreso de Río de Janeiro de 1992, "La Cumbre de la Tierra", comprende 21 temas -cambio climático, contaminación del aire, etc.- y olvida el que, según él, es causa de todos: la energía. Así propone sustituir la Agenda 21 por la Agenda I.

Contrasta la cicatería con que se financian las actividades solares con la generosidad con que se financian, sin hacer preguntas sobre costes y con presupuestos centenares de veces mayores, los programas militares o espaciales, inútiles los primeros en su volumen actual, ahora que no hay enemigo creíble (propugnando al tiempo la

implicación de los ejércitos en una Fuerza Solar de Paz), y no menos los segundos, a los que tacha de herederos de una cultura occidental agresiva que quiere seguir conquistando compulsivamente -ahora las estrellas- en un intento que unánimemente se reconoce imposible cuando se razona un poco, como si quisiera construir un nuevo Babel.

Llega a decir que tras la revisión de los gastos militares, la siguiente revisión que requieren los gastos públicos de los países occidentales es la de los programas de investigación. Y ciertamente, el distanciamiento que en las últimas décadas se produjo entre los científicos y la sociedad no era, en mi opinión, sino la constatación social de la futilidad de la acción de bastantes de los científicos y muchos de los tecnólogos de hoy. Lo cual es más de lamentar cuando entre ellos hay cabezas valiosísimas que tanto podrían ayudar en el empeño relevante de establecer la tecnología solar.

La verdad es que leyendo las cifras que ofrece Scheer, se da uno cuenta de que si la energía solar no se instaura decididamente es simplemente porque no se quiere y que al alcance de la sociedad actual está su vigorosa implantación, con sólo cambiar algo sus prioridades (con el dinero del AVE, por ejemplo, se podría instalar electricidad solar para suministrar todo el aumento de demanda de electricidad de un año, que luego se disfrutaría, casi gratis, durante los veinticinco siguientes, sin violar por ello ninguna regla de coherencia económica).

Para el autor, la energía solar no es susceptible de ser controlada por

"Si la energía solar no se instaura decididamente es simplemente porque no se quiere"

*"Scheer da
además datos
de los
cuantiosos
costes ocultos
de la energía
convencional"*

oligopolios, como las energías convencionales. Antes bien, cada país, incluso los países en vías de desarrollo, tienen posibilidades para desplegar tecnologías solares, unas u otras según sus capacidades y necesidades.

A este respecto conviene señalar que España mantiene una presencia razonable, e internacionalmente respetada, en la investigación solar, con una financiación significativa en comparación con los países de su entorno (aunque lamentablemente decreciendo), por más que sólo sean migajas según la tesis de este libro. Hay hoy brillantes empresas en los ámbitos más tecnificados del sector, como el fotovoltaico y el eólico. Además es el país con mejores condiciones climáticas de Europa. De estallar la revolución solar, en España se podrían llegar a constituir grandes empresas y dar empleo a numerosas personas.

Pero lo que hasta ahora ha sido una crítica ácida de la actuación de los dirigentes, brillante y bien construida, adquiere una originalidad y un interés extraordinarios en el capítulo 7, a mi juicio el mejor de la obra. En él no habla ya el utópico, sino el político con oficio que sabe cómo desde la política se pueden cambiar las cosas.

Creo interpretar bien al autor si entiendo que encuentra una posibilidad única para la implantación de la revolución solar en el proceso de construcción europea. Por ejemplo, propone cambiar las subvenciones a la agricultura por programas de inversión en bioenergía, a realizar por los mismos agricultores a los que ahora se anima a dejar tierras improductivas. Pero más interesante aún es su propues-

ta de homogeneización y simplificación fiscal para la Comunidad, indispensable para la construcción efectiva de la misma, sustituyendo el IVA por un impuesto sobre las energías primarias, más fácil de cobrar, que no afectaría globalmente a la competitividad europea (no se trata de aumentar la carga impositiva, sino de modificar su estructura), capaz de estimular las energías renovables, y sin carácter socialmente regresivo. Cuando uno piensa si el cambio no habría de ser demasiado complicado, no puede menos de recordar la sencillez con que en 1986 se implantó el IVA en España, sin problemas ni sobresaltos, para concluir que este cambio está plenamente al alcance de la capacidad de una Administración como la española.

El autor concluye la obra con la propuesta de creación de una Agencia Internacional de Energía Solar, que actúe como organismo promotor de estas iniciativas de naturaleza política y tecnológica.

Puesto que el libro de Scheer es una especie de manifiesto, enrolémonos en la tarea que él propugna y actuemos, a través de asociaciones o con nuestro esfuerzo particular, para dar a luz una civilización capaz de hacer viable la vida en el planeta Tierra a través de una estrategia solar.